

28. Descripción de la Sociedad HCM en sus inicios

En "Arrestos y juicio de Marie-Adélaïde Champion de Cicé
Alegato del Maitre Bellart p.9-10

La institución de las Hijas de la Caridad había sido destruida, no por el espíritu de libertad, pues el espíritu de libertad respeta todo lo bueno, sin dejarse llevar por vanas declamaciones, sino por el espíritu de exageración. Estos piadosos reclusos que se hicieron tan útiles a la tierra, para conquistar el Cielo, habían sido expulsados de su retiro; las huellas de su existencia se perderían, su espíritu acabaría por extinguirse.

Gracias a quienes, al menos una vez, honraron las opiniones religiosas dejándose convencer por ellas para preservar este tipo de fuego sagrado; ¡A los que, anticipándose a las intenciones paternales del gobierno, le proporcionaron los medios de recuperar este elemento de caridad casi perdido, y que, conservando el principio de esta feliz institución religiosa y filosófica, pudieron, con la voz poderosa de ese genio que manda reproducir todo lo que es verdaderamente liberal y generoso, devolver a la debilidad y a la desgracia sus más sensibles protectores!

¡Bueno! Jurados, si queréis saber quién ha cometido este gran crimen, tenéis ante vosotros a uno de los principales culpables. Mientras las Hermanas de la Caridad eran perseguidas, mientras su retiro era cerrado, mientras una mano bárbara venía a apoderarse de ellas para condenarlas a una inacción perjudicial para la sociedad, ¿quién llenaba su generoso cuidado? ¿Quién mantuvo sus principios? ¿Quién se ocupaba de los piadosos y tiernos cuidados a los que se entregaban estas niñas, distinguidas por su filantropía religiosa? ¿Quién sustituyó a sus fieles pero fugitivos guardias entre los enfermos y heridos? Era Adélaïde de Cicé. Sola, no podría haber sido suficiente para una tarea tan grande e importante. Fue (ella)(l) quien escribió a las mujeres afines, dispuestas a honrarse con una devoción similar; fue ella quien, a falta de la verdadera sociedad de la caridad, había hecho todo lo posible para suceder a sus deberes y recoger este patrimonio de caridad activa que la filosofía no tenía prisa por heredar. **Fue ella la que formó, en sustitución de esta sociedad, una congregación o cofradía, que no distinguía ningún signo externo; porque las leyes lo prohibían, y ella quería obedecer las leyes. Adélaïde de Cicé, en una palabra, salvó del hundimiento, lo sustancial de la institución.** Al igual que las Hermanas de la Caridad, difundió la ayuda temPerdonemos, ¡Ah! perdonemos este exceso de solicitud por parte de estos piadosos asociados, que, en las cárceles y en los hospicios, iban a socorrer a los viejos y a los enfermos; ya que la caridad sola no sabía penetrar en estos asilos del dolor, no nos quejemos demasiado de que la religión condujera allí a la caridad, y no nos sorprendamos de verlos allí juntos. Sí, ciudadanos del jurado, encontrarán muchos delitos de esta naturaleza en las cartas incautadas a Adélaïde de Cicé. Yo mismo le denuncié una correspondencia mantenida no con los chuanos, ni con los emigrados rebeldes, (no son tales conspiraciones las que les ocupan); sino **con algunas mujeres que arden, como ella, en ese sagrado amor a la humanidad; con algunas mujeres que obedecían, como ella, esas santas leyes de la bondad universal**, y que, todas unidas por formas religiosas, e incluso, si se quiere, por una promesa interior que tenía por objeto consagrar su devoción, actuaron conjuntamente

con Adélaïde de Cicé, en un Espíritu Común, recibieron sus instrucciones, para extenderse por todos los puntos de Francia donde estaban dispersas, (permítanme hablar su idioma)

las obras de misericordia, a las que las Hermanas de la Caridad estaban esencialmente ligadas.

Cuando las ideas religiosas no inspiran otra cosa que una conducta de ternura, de beneficencia hacia todos, de acudir en ayuda de todos los semejantes, de prestar asistencia a los desgraciados que la necesitan, eso ya no es fanatismo, eso es piedad, esas son las opiniones que hay que honrar.

El filósofo puede juzgar todos los cultos, pero el filósofo admirará a todos aquellos que dirijan a sus "seguidores" hacia este objetivo social.

Tal era la meta hacia la que caminaba Adelaida de Cicé.

Por último, encontrará en esta correspondencia gran parte de esta preocupación, de esta agitación verdaderamente religiosa, para enviar ayuda a aquellos cuyo estado lo requiere; para transmitir a las jóvenes las lecciones de piedad y moralidad que puedan necesitar.

Esto es lo que compone la correspondencia del interior; no se la voy a leer. El comisario del gobierno le invitó a leerlo; yo también le invito a hacerlo; esta atención bastará para completar la justificación de Adélaïde de Cicé.

(¡Proceso de beatificación, se ha dicho!)

Adélaïde de Cicé se había entregado a estos cuidados bajo todas las formas de gobierno, incluso en una época en la que, por haber hecho de ello un crimen, tuvo que rodearse de algunas discreciones. Pronto pudo entregarse con más libertad a estas suaves ocupaciones, a las que se había acostumbrado tanto.

Por fin, para felicidad de Francia, había surgido un nuevo gobierno. Tan pronto como apareció, inspiró confianza e inspiró amor.